

PREGÓN DEL COSTALERO

JOSÉ MANUEL
VALLE HERRERA

Hermanidad de San Esteban



12 de marzo de 2024

PRESENTACIÓN

En un patio de vecinos de la calle Matahacas, en un salón con más humedad que la barcaza de Coria, en torno a una mesa, dos hombres, un niño, un gato y presidiendo, un plato de langostinos. A los hombres, además de su profunda amistad, les unía su estatura; los dos estaban como hundidos en la tierra, su pasión por el vino y el amor por las cofradías y la Semana Santa. El niño y el gato observaban con atención la escena, aunque por motivos bien distintos: el niño, absorto por la conversación y el gato, pendiente de si trincaba la cabeza de alguna delicia atigrada de Sanlúcar de Barrameda. De entre todas las anécdotas que allí se contaron esa noche, hubo una que marcaría al chiquillo para siempre, aquella en la que se narraba cómo Pepe metió debajo del pollero de la Macarena a su mujer antes de entrar en Campana para que pasara bajo el palio por la carrera oficial con el único pretexto de poder darle a comer una torrija de las que repartían a los costaleros en la calle Sierpes.

Había hambre —se decían—, tela de hambre; pero Dios y la Esperanza siempre proveen.

Como habrán adivinado, aquel niño era yo: José Manuel Valle “el Gitano”. El costalero que contó su vivencia, José Valle, Pepe “el Chupe”, mi abuelo, costalero profesional que fue de la cuadrilla de los ratones junto a su hermano Tomás, bajo las órdenes del insigne capataz Rafael Franco Rojas; y su mujer Concha, mi abuela, la señora que tuvo la suerte de probar la más dulce de las mieles bajo el manto más verde y soñado de Sevilla. Y el amigo de mi abuelo, ese que tanto disfrutaba de su compañía, ni más ni menos que el añorado y eterno capataz sevillano Manolo Santiago. Desde ese día, solo tuve un deseo para cuando fuera grande: ser costalero como mi abuelo, y a fe que lo fui; de la mejor de las cuadrillas, de la mía, la de San Esteban, la que ahora cumple cincuenta años desde su creación y a la que tengo el honor y el orgullo de pregonar, con alegría, con amor, con fe y devoción, como siempre se han hecho las cosas por la Puerta Carmona.

Costalero, herida la cerviz,
ya cansados los pies y las rodillas,
mas no permitas que nuestra Sevilla
pueda verte hundido en tu raíz.

La roja sangre de la cicatriz
empújala fuerte a la morcilla.

Extrae de su llanto la semilla

convirtiendo el cuello en matriz.

Por debajo de ti, la dura piedra;
por encima está el cielo por venir
pues Jesús vencerá sobre la yedra

y aunque tus fuerzas estén flaqueando,

por San Esteban no has de morir

si no es para entrar resucitando.

GERMEN Y DEVOCIONES

Yo me hice cofrade en la calle Feria, bajo la sombra de un olivo y la Virgen que lleva el nombre de mi abuela materna, de la mano de mi tío Manuel, hombre sabio y cabal donde los haya, todo un ejemplo en mi vida, un obrero respetuoso con las tradiciones y la religiosidad popular de su tierra, junto a sus hijos Manolo y Juani.

“El Pepote”, que es como me llaman en su casa, vistió el hábito de nazareno de Montesión, que su abuela le comprara con mucho esfuerzo y sacrificio, todos los Jueves Santos hasta la adolescencia, en la que cambió el capirote por la trompeta. También en la plaza de San Román, lugar de la otra gran devoción familiar junto al nazareno de piel de cobre y la gitana que lo parió.

A partir de ahí, mi idilio con la Semana Santa de Sevilla se hizo público y notorio hasta nuestros días. He tenido el privilegio de realizar la estación de penitencia de algo más de un tercio de la nómina de las cofradías sevillanas, ya sea de nazareno, músico, costalero o acólito, pero, curiosamente, las devociones más fuertes de todas las que tengo no están vinculadas a mis hermandades de cuna, sino a dos que descubrí y me enamoraron ya de adulto: San Esteban —como ya sabéis—, y a la que pertenecen desde su nacimiento mi hijo Manuel, que fue apadrinado por la cuadrilla de costaleros al completo, todo un privilegio por el que me siento profundamente honrado; mis dos sobrinas Alba y Lola y mis dos ahijados Antonio y Mario. Nunca les estaré lo suficientemente agradecido a mi compadre Antonio Rocha y a mis amigos Juan Manuel Aguilar y Juan Ramón Rosa por invitarme a que conociera su hermandad, hermandad que hice mía para siempre y en la que encontré un grupo humano y cristiano inigualable, como mi querida Centuria de la Puerta Carmona, una reunión de catorce hombres que comenzó motivada por el vínculo a San Esteban en su mayor parte pero que hoy trasciende el ámbito de las cofradías, habiéndose convertido en una familia para todos sus componentes, una maravillosa amistad imperecedera bajo el amparo de nuestra querida hermandad: hermanos y amigos de los que te hacen más fácil la vida, llenándola de gozo y felicidad. Os quiero mucho y me siento muy orgulloso de representaros hoy aquí. La otra Hermandad a la que me debo no es otra que la obrera de la calle Arroyo, donde rezo cada Sábado de Pasión a Nuestro Padre Jesús de la Caridad y Nuestra Señora de los Dolores al abrigo del Divino Carpintero.

Virgen de los Dolores,
la de la cara de niña,
yo, que he tenido dos madres,
a ver cómo me lo explicas,
que a la vez tú te parezcas
a mi Lola y mi Cecilia.
Mis ojos cuando te ven
ven a mi madre nodriza.

También la que me parió
se refleja en tu sonrisa.
Que mi Dolores no llora,
al menos cuando me mira,
yo solo veo a mi Madre
haciéndome una caricia.
Jesús de la Caridad,
Señor de la tierra y el cielo,
hoy te he venido a rezar
y también a proclamar
bajo el Sol de los obreros
que eres río de bondad,
vigía, luz y sendero,
de los pobres, el maná
y ejemplo de un barrio entero.

RAÍCES E IDENTIDAD

Idiosincrasia dice ser el conjunto de los rasgos y el carácter distintivo de un individuo o comunidad. Nada define mejor la idiosincrasia de San Esteban que el lema de la hermandad. ¿Qué más puedo hacer por vosotros? Eso sentí el primer día que llegué a esta hermandad hace ya 26 años y cuando pisé la *igualá* de su cuadrilla, y así me sigo sintiendo a día de hoy, con la certeza absoluta de que desde ese afortunado momento, siempre tendría una mano tendida a la que acudir, un hombro en el que apoyarme y un grupo de hermanos a los que dar y a los que darme desde el amor y la fe en Dios.

Y no me cabe duda de que ese mismo lema fue el que inspiró a los chavales del grupo joven de la hermandad hace 50 años para fundar la cuadrilla de hermanos costaleros de San Esteban. ¿Qué más puedo hacer por mi hermandad? —se preguntaron—; y le regalaron sus pies, sus hombros y la fuerza de sus corazones a Nuestro Padre Jesús de la Salud y Buen Viaje y María Santísima Madre de los Desamparados para que su transitar por las calles de Sevilla fuese ligero, grácil y elegante, porque la carga elegida no pesa, porque el sufrimiento sanador es llevadero, porque el esfuerzo hecho con fe no es sacrificio.

Y así, casi sin quererlo, me hice costalero y aprendí de la bendita idiosincrasia de esta, mi hermandad, que aquí no sobra nadie, que nada empuja los kilos hacia arriba más fuertemente que el amor y que no hay más número de antigüedad para ganarse el cariño y el respeto de tus hermanos que el de las arrugas del rostro, de la primera de Cristo a la última de palio, todos y cada uno, hermanos costaleros de los que sienten y les duele lo que arriba llevan. Porque no se entiende hoy día ser costalero solo por moda, perdonenme, pero al menos yo no lo entiendo. Cargar con un paso en estos tiempos, donde el motivo para meterse bajo las trabajaderas ya no es llevar un jornal a la casa, como en la época de mi abuelo, cuando a los costaleros aún se les llamaba asalariados; es, como poco, una frivolidad, es un esfuerzo baldío y sin recompensa, pues solo desde la fe y la devoción tiene sentido la labor del costalero.

Si algo admiré siempre de esta cuadrilla, fue su humildad y su nulo afán de protagonismo. En su día, raro era el costalero de San Esteban que sacaba alguna otra cofradía además de esta. Tal ha sido siempre el grado de compromiso y de significación del costalero de San Esteban con su hermandad, que el almuerzo de convivencia que realizaba la cuadrilla todos los años era los Miércoles Santo. No creo que haya habido ninguna otra cuadrilla en Sevilla que se reuniera durante la propia Semana Santa. Aquí, desde que entraba la Virgen ya solo pensábamos en poder vernos al día siguiente para comentar la jugada, si se me permite la expresión, y es que el costalero de San Esteban es muy de San Esteban, pero sin perder jamás el norte de lo importante, pues siempre tuvo claro que salimos a la calle a hacer estación de penitencia con nuestros sagrados titulares a la Santa Iglesia Catedral, pública protesta de fe que proclama a los cuatro vientos que Cristo resucitó y vino a este mundo para redimirnos de nuestros pecados.

El costalero no es más que una de las herramientas puestas por el hombre para tal fin, un servidor de la hermandad como cualquier otro hermano. El costalero es un afortunado, un creyente que tiene el privilegio de llevar sobre sus hombros lo más preciado de cada hermandad, sus imágenes, conjuntamente a toda la carga devocional que en ellos

depositan sus hermanos y devotos. Para ser costalero, hay que tener grande el corazón y pequeño el ego, hay que ser compañero y solidario, tenaz y obediente, generoso y servicial pero, sobre todo, cristiano.

De entre todos los que siempre trataron de inculcar este sentimiento a esta cuadrilla y cuidaron por la salud y el bienestar de la misma, es imposible no acordarse del entrañable Hermano Mayor Julián López, sin lugar a dudas, una de las personas más importantes y queridas en la historia de esta hermandad y de los máximos responsables en su crecimiento. Él junto a Paco Montes y el grupo de capataces formado por José Manuel Fernández “el niño”, Rodrigo Bueno, Manolo Lirio y Manuel Arroyo, terminó de darle forma y cohesión en épocas más recientes a una cuadrilla que ya tenía unas sólidas bases, dotándola de unas formas y estilo definidos, además de un fuerte sentimiento de pertenencia que consiguió que nuestra cuadrilla fuese de las más unidas, solidarias y fraternales de Sevilla. Desde aquí, mi reconocimiento a todos ellos y el deseo de que esa esencia y ese espíritu pervivan por siempre y que las nuevas generaciones de costaleros protejan tan preciado legado y sepan transmitirlo con la alegría y el cariño con que lo hicieron sus predecesores.

Que jamás se pierda la idiosincrasia propia de nuestra hermandad, que no nos dejemos influir por modas ni corrientes de opinión, porque si hay algo que hace única y distinta a la Semana Santa de Sevilla, es el sello propio que le aporta cada cofradía y la nuestra lo tiene al igual que su cuadrilla, cuadrilla que mandan actualmente, con eficacia, Mariano Falcón y Juan José Cobos, capataces que han sabido empaparse de esta idiosincrasia nuestra tan particular que no debiera perderse nunca y máximos responsables de la mano de la Junta de Gobierno de proteger tan maravilloso patrimonio. Estoy convencido de que así será.

Pionera en muchas cosas, esta cuadrilla fue la segunda en tener hermanos costaleros y la primera en la que todos sus miembros fueron hermanos haciéndoles, además, procesionar uniformados. Del mismo modo, la hermandad no solo abrió camino con la formación de la cuadrilla, también lo hizo en la integración de la mujer. Fue la segunda en hacer partícipes a las hermanas nazarenas en el cortejo y de las hermandades más activas en la inclusión de la mujer en la vida de hermandad y en cargos de responsabilidad en las Juntas de Gobierno, una hermandad moderna y abierta, acorde a los tiempos que le tocó y le toca vivir y constantemente alerta a las inquietudes de sus hermanos y hermanas; una hermandad de la que sentirnos muy orgullosos en todos los sentidos.

LIRIO

De entre todos los capataces con los que me tocó trabajar en mis años de costalero, hubo uno que destacó sobre manera, pues nunca olvidaré el día que conocí a Manolo Lirio.

Su voz sonaba como un saco de arena. Tenía timbre de fragua y aguardiente de gitano antiguo y negros metales. Cuando el Lirio se ponía delante de los pasos, la cuadrilla tenía la certeza de que todo iría bien. No se podía mandar mejor ni con más sentido de la medida. Quienes trabajaron hombro con hombro con él decían que fue de los mejores peones de Sevilla, ni siquiera cuando la enfermedad más lo castigó —venció sus riñones—. Manuel miró de cara a la muerte y levantó a pulso su dolor y con la ayuda de Dios voló a los brazos de su Virgen morena. Cómo te quiere tu gente, Manuel. Qué huella tan grande dejaste, capataz de capataces. *Moraitas* como *Lirios* las ojeras de tu madre. Que no haya una *levantá* que no recuerde tu talle. Malditos sean la pena y el día en que te marchaste.

Desde que el Lirio se fue
de frente y sobre los pies
con su alma costalera,
el Cristo de la ventana
tiene una lágrima nueva.

LEVANTÁ POR LA PAZ

Si hay un momento bajo un paso en el que la sincronía y el ir todos a una es absolutamente importante, es el instante de la *levantá*, el costal firme sobre el palo, flexionadas las rodillas y encajados los riñones pero empleando solo la fuerza necesaria para no coger ventajas que perjudiquen a los compañeros, esperando ese espacio de tiempo justo entre la voz de “¡A esta es!” del capataz y el sonido del martillo para despegar de manera conjunta al golpe los pies del suelo en un salto perfecto que dé sensación de levedad para, después, amortiguar la caída suavemente, como si el paso descansara sobre un colchón de plumas. Todo un tratado de física mecánica al servicio de Dios.

Tradicionalmente, se ha utilizado esta icónica parte de la *chicotá* para recordar, homenajear, pedir salud, como agradecimiento a distintas personas o colectivos o, sencillamente, para rogar a Dios por la solución de los grandes conflictos de los hombres, entendiendo que ese acercamiento de nuestras imágenes hacia el cielo que se produce en la *levantá* hará llegar de manera más rápida y directa nuestras plegarias a Jesús.

Hoy como pregonero voy a permitirme la licencia de dedicar una imaginaria y a la vez necesaria *levantá*, aprovechando el altavoz que me proporciona este atril, con el permiso de todos ustedes.

Quisiera enfudarme el negro traje.
Quisiera ser capataz por un día
y dedicar mi *levantá* más *sentía*
a los muertos por el odio y la masacre.

Pedir porque acabe el disparate,
que vuelva por siempre la alegría,
que termine la guerra y la porfía,
que triunfe el corazón y no la sangre.

Que Dios, nuestro Señor, traiga la paz,
que lleve libertad, no más ruina;
que solo prevalezca el verbo amar,
que llegue de tu mano la esperanza.

Sea por Ucrania y Palestina
esta *levantá* de bienaventuranza.

¡A esta es!

VR

No se puede concebir esta hermandad sin la música, y aunque hemos tenido muchas y muy buenas bandas de palio —como la de Las Cigarreras en la actualidad—, a cualquiera que le preguntes te dirá, irremediablemente, que esta hermandad está ligada de manera indisoluble a la banda sonora que le proporciona la Agrupación Musical Virgen de los Reyes, hoy felizmente presente en este acto para disfrute de todos nosotros.

Ya se avistan los tricornios
con su escolta en cabecera,
 en alegre pasacalles,
 inundando las aceras
 de devotos y curiosos
 a la espera de la espera
 del milagro milagroso.
Que no caben por la puerta,
 llegan a venerar
al Dios de barro y madera,
 un Cristo, vida y amor
 de hábito azul y crema.
Que resuenen los tambores
y que toquen las cornetas
que la Clámide se escuche
 de Águilas a las Setas.
Que no existe mejor banda
sobre la faz de la Tierra.
Que mi Cristo ya no llora,
se fue de un soplo la pena,
que las marchas bien *tocás*
te dejan el alma abierta.
Ya es Martes Santo en Sevilla,
que todo el mundo lo sepa.
Viene Virgen de los Reyes
entrando por San Esteban.

ANECDOTARIO

Sevilla, ciudad singular donde las haya, consigue que sus gentes también lo sean y de entre las particularidades que definen a los sevillanos y que los hacen únicos y especiales hay dos que destacan sobre el resto: el *age* y la gracia que tiene esta bendita tierra y ambas, como no puede ser de otra manera, están presentes en todos los órdenes de la vida cotidiana y las hermandades y, por ende, las cuadrillas de costaleros no quedan exentas de esta gracia y este arte natural que derrochan Sevilla y los sevillanos.

El mundo de las cofradías, y más concretamente el del costal, es un anecdotario viviente y la cuadrilla de San Esteban siempre ha sido fiel ejemplo de lo que les relato. Sin ir más lejos, yo mismo he sido protagonista de alguna que otra que me gustaría compartir.

Hubo un año en que por motivos laborales ni podía ir a los ensayos, ni libraba en toda la Semana Santa, por lo que no me quedó otra que renunciar a formar parte de la cuadrilla. Trabajaba yo por aquel entonces en la cocina de un céntrico restaurante cuya especialidad era el bacalao, ese manjar tan apreciado en cuaresma y del que Silvio, el genial rockero, decía que nos salvó del hambre en la posguerra. Pues resulta que el Martes Santo, a esto de las cinco de la tarde aproximadamente, me dijo el encargado que podía tomarme una hora libre.

En ese momento, me percaté de que mi compañero de fogones llevaba una faja colocada en la cintura. Sin dudarlo, se la pedí prestada y allí que se fue “el Gitano” con su faja bajo el brazo, vestido con sus pantalones de cuadritos azules y blancos, la típica chaquetilla blanca de cocinero y unos zuecos en los pies en busca de su hermandad. Vamos, que iba lo que viene siendo pa’ comerme. Alcancé el paso de Cristo a la altura de la plaza del Salvador. Nunca olvidaré la cara entre alegría y asombro del capataz José Manuel “el Niño” cuando me vio:

–Tocayo —le dije—, déjame, por Dios, que me meta y le dé una *chicotaita* aunque sea.

–Venga, dale ligero, Gitano y quítate ya de aquí.

–Juan Ramón, salte y déjame el costal que me voy a meter.

–¿Tú qué haces aquí, José?

–Tú calla y déjame el costal.

Lo que yo sentí con la alegría de mis hermanos al verme bajo las trabajaderas es algo irrepetible y que me cuesta explicar.

–¡Señores, que está aquí el Gitano!

–¡Ole! ¡Vámonos arriba los cuerpos y que viva mi gente *güena*!

Juro por lo más sagrado que no me cambiaría por nadie en el mundo en ese rato. Solo quería una *chicotá* y al final me hice la calle Cuna entera, con el uniforme de cocinero, con su *mijita de guasa*, que también la hubo.

–Gitano, ya te podías haber traído una racioncita de pavías por lo menos, *miarma*.

–¿Dónde te has comprado las alpargatas esas, Gitano, en una ortopedia?

Les aseguro que merecieron la pena todas y cada una de las cargas que tuve que soportar porque la satisfacción y la sonrisa con la que volví al trabajo esa tarde es de las que no te desaparece de la cara en muchos días.

Recuerdo otra de un costalero, digamos que el hombre iba más bien aliviado en la corriente de su palo, al que le dijo uno de los fijadores, que estaba el pobre más doblado que la nariz de un contraguía, harto ya de verlo colgado de la trabajadera, al llegar a la calle Sierpes, justo en la puerta de la confitería La Campana:

–Fulanito, a partir de ahora tienes dos opciones: o nos tocas las palmas para animarnos o te sales y nos compra pasteles.

¿Se puede tener más *age* ya?

O aquella en la Catedral, en la que un patero, al que le iban cayendo los kilos como chorreones de cera, le dijo al que iba fijándole, que estaba la criatura igual o peor que él:

–Menganito, échame una mano.

Y cogió el otro y se sacó mil pesetas del bolsillo y le dijo:

–Esto es todo lo que puedo ayudarte, padre mío.

¡Ole!

En fin, *age* y gracia de una época en la que todo era más natural, con menos apreturas y encorsetamientos que hoy, vivencias de una Semana Santa en sepia condenada a no regresar, pero que quedará para siempre en el recuerdo de los que tuvimos la suerte de vivirla y disfrutarla.

EXPLICACIÓN DEL MILAGRO

Aquí nunca se diferenció entre cuadrilla de palio y de Cristo, y eso tiene una fácil explicación: porque siempre nos hemos necesitado los unos a los otros para que la hermosa Virgen que tengo frente a mí pudiera salir a bendecir las calles todos los Martes Santos. Ese momento que tantos han definido a lo largo de la historia como milagro y que no es más que el fruto del esfuerzo, el amor, el trabajo en equipo, la organización, la técnica y la pericia de toda una cuadrilla de hermanos costaleros y sus capataces.

Hay que ser muy valiente para ser costalero de María Santísima Madre de los Desamparados. Lo supe el día que tuve la suerte de meterme bajo sus andas por el setenta y cinco aniversario de su bendición por el cardenal Eustaquio Ilundáin. Quién me iba a decir a mí que un día igualaría en un última de palio y portaría a mi Virgen por toda la calle Parras, paraíso macareno y templo efímero de la devoción de las devociones marianas.

Un día inolvidable y que quedará en el recuerdo de los que tuvimos la satisfacción y la gran fortuna de vivirlo, en mi caso por partida doble, ya que ese día, además de a mi Virgen de los Desamparados, también disfruté de otra salida extraordinaria, la que llevó a mi queridísima Pastora de Capuchinos a la Catedral de Sevilla. Dos salidas extraordinarias el mismo día y sin cambiarme el costal, un sueño que la Virgen me puso en la mano y que aún hoy me cuesta creer. Pero volvamos a lo del supuesto milagro y verán ustedes cómo yo se lo explico:

Levanta casi sin respirar

y suavemente se acerca a la puerta.

Se quitan los zancos,

costeros a tierra

y bajan los cuerpos

donde no se creyera.

Los respiraderos

flanqueados por fuera,

por gente del Cristo,

y el baile comienza.

Marcando el compás

se sale y se entra

y se ocupa el lugar

que otro nos deja.

Dientes como lanzas

recuerdan arriba

el reto anual

que lanza la ojiva.

Bendito mi barrio,
que pone a su Virgen
a la misma altura
de los que le piden
salud y trabajo
amparo y perdón
y alivio a la penas
de su corazón.

Y así una a una
se van sorteando
puntas de diamantes
que son de oro blanco,
que no hay piedra alguna
que pueda impedir
que salga mi Virgen
por marzo o abril.

Varal a varal,
marcando su son,
ya tiene María
carita de Sol.

Quién pudiera imaginar
que tíos tan chiquititos
tuvieran más fuerzas
que treinta borricos.

No lo llares más milagro
porque un milagro no es,
que la sacan costaleros
amparados por su fe
Al toque del llamador,
arriba y a suspender,
que suene ya el himno
y redoble el tambor,
que sale mi Virgen

donando ilusión.

Perdonen que les insista,
que no sale por milagro,
sino por una cuadrilla
hermana, devota y sencilla
que cumple cincuenta años.

EMPATÍA

En Sevilla tenemos la enorme suerte de tener grandes imágenes devocionales que representan al hijo de Dios, muchas de ellas de enorme valor artístico e histórico y todas, con la unción necesaria para hacernos ahondar en la fe cristiana. Las hay que estremecen por su sufrimiento, que impresionan por su belleza o que te paralizan los sentidos por su expresión de agonía y dolor, pero ninguna me llama más al recogimiento que la de mi Cristo de la Salud y Buen Viaje de San Esteban.

Qué decir del Gran Poder, el Señor de Sevilla, el que no necesita apellido para que sepamos reconocer de quién hablamos, el único que se alza sin necesidad de costaleros porque a Él lo lleva en volandas la fe de una ciudad entera, que se encomienda a su imagen como último recurso en la necesidad, al que se le pide lo imposible porque todo lo puede. Él es el Dios de las madres, de los enfermos, de los pobres del mundo, del que nada tiene y todo lo necesita, refugio del arrepentido y consuelo del que pena. Cuando miro a Nuestro Padre Jesús de la Salud a los ojos y contemplo sus lágrimas, veo llorar al Gran Poder, cuando observo la ternura de Dios entregado a sus designios, sabedor de lo que le espera, se me estremece el alma. Quiero abrazarlo y ser su pañuelo, darle las gracias, decirle “Te quiero”, porque con esa carita no se puede ser más bueno. Y es que Sevilla nunca dejará de ser Sevilla mientras exista el Gran Poder.

Mi barrio tienes tres calles:	quise unir nuestros destinos
una lleva a San Benito,	y consolar su dolor,
otra a San Bartolomé	rogarle nuestro perdón
y hasta a San Ildefonso	ser su apoyo en el camino
llega la que hace tres.	y lograr la bendición
Pero quiso el Gran Poder	de Jesús de Nazaret,
que en el medio me quedara	el que volverá a nacer
y hallara tras la ventana	pleno de resurrección.
el agua para mi sed.	Desde entonces hasta ahora,
Allí terminó el viaje	en el ganar y el perder
por las calles de mi barrio	de la vida y el amor
tras contemplar el ultraje,	ya no solo llora Él
la vergüenza y el escarnio.	ahora lloramos los dos.
Al que fuese sometido	

A TI, SEÑOR DE SAN ESTEBAN

Sentado en el trono agarras la caña
como rayo que atraviesa tu semblante.

Maldito cetro que te dan los farsantes
burlándose de ti como alimañas
a ti, que los secretos desentrañas
y das luz donde nada había antes.

Manantial de pureza rebosante
te mandan a la cruz y la guadaña.

Pobres ilusos cegados de odio
desconocedores en su maldad
que no pueden mancharte sus oprobios.

Perdónalos, no saben lo que hacen.

Bendícenos, Señor, y ten piedad,
mi Jesús de la Salud y Buen Viaje.

AGRADECIMIENTOS

No me queda más que dar las gracias.

Gracias a todos los que hacen e hicieron posible esta hermandad, gracias al cielo y a Dios por traerme hasta ella, gracias a los que han confiado en mí para dar este pregón; muy especialmente, gracias a mi buen amigo Agustín Mayor y gracias a mi madre Cecilia, por parirme sevillano. Aquí termina esta declaración de amor a mi hermandad, a mis hermanos y a su cuadrilla de costaleros.

Que Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima Madre de los Desamparados os protejan y miren siempre por vosotros, que la vida os sonría y que Dios os conceda una existencia plena de felicidad y disfrutemos todos juntos de un maravilloso Martes Santo y una hermosa y plena Semana Santa.

MI HERMANDAD

Y el pregón termina diciendo:

Qué bonita es mi hermandad
y qué bonita es su gente,
desde la cruz de guía
al último penitente,
la de aquellos que fundaron
la cuadrilla más valiente.
La de los Monas y el Labio,
la de Carmona y el Simio,
la de Pepe Rodríguez,
la de Rocha, la del Lirio,
la de Adame y de Durán,
la de Soriano y Estrada,
la de Julio Moreno,
la de Mundi y la del Vaca.

La de los Sánchez Ibargüen,
la del Peluca y el Lama,
la de Taucedo, el Peligro,
el Pipi y el Mortadelo;
de Antonio Marco y Román
y de Francisco Romero.
De los Ruiz y Bustamante,
de los Pérez y Murube,
la de Busto, la de Félix,
que nos ve desde las nubes.
La de Andreu, la de Julián
y también la de los Bueno.
la del Niño, la del Quino,
la de Faustino y el Titi,
de Carlos Montes y Cerquera,
de Berraquero y el Quini.

La del Isra y Tovaruela,
la del Boca, la del Willy,
la de Arroyo y López Vera,
de Francis y Antonio Sánchez
la del Moña y la de Reina,
la de Lagares y Hernández
y el Guti, con la corneta.
De Caraballo y Arnáiz,
mi curita don José,
la de Burgos y Morilla,
de Martín y la de Andrés,
y la de tantas mujeres
que son sus manos y sus pies.

La de mi guapa Centuria,
Juan Benítez y Barberán,
la de las noches de ensayos
que ya nunca volverán.
Del Perra Gorda, el Miura,
la de Manolo García,
y desde aquí pido perdón,
por to' los que se me *olvían*.
Con la larga o con la corta,
con el costero a costero
y los pasitos atrás,
si es que lo pide el cuerpo.
De cuesta del Bacalao,
sonando el *Alma de Dios*,
la de le «Cabe otra marcha»,
la de «Aquí me muero yo».
La que te abría el compás
cuando lo dice el Bartolo,
al que iban a pillar
si no le andabas el toro.

La que convierte la calle
en un mar azul de capas
pa' que navegue su Virgen
sobre un barquito de plata.
Las del taller que bordaron
un manto para su madre,
un manto que es amor puro
y no hay oro que lo pague.

Qué bonita que es mi gente,
qué bonita es mi hermandad.

Te lo digo sencillito
porque no hace falta más.
Porque aquí no sobra nadie:
ni el que viene to' los días,
ni el que solo viene el martes;
porque es parte de su *vía*,
porque gracias al Señor
de la Salud y Buen Viaje
se han cerrado las *herías*
y se ha pagado el peaje.

Lo dije antes y ahora:
con fe, devoción y alegría
por la Puerta de Carmona
se va haciendo cofradía,
cofradía y hermandad
que se vuelca en fomentar
caridad y obras sociales
que ayudan a que a mi barrio,
que es cristiano y solidario,
se le quiten to' los males.
Qué bonita que es mi gente,
qué bonita es mi hermandad.

Te lo dice un pregonero
que fue hermano costalero.

Llegando la primavera,
desde el último al primero
qué bonita es San Esteban.

¡Ahí *queó!*

Este pregón terminó de escribirse el diez de marzo del año del Señor de 2024 en el barrio de Triana.
Durante el mismo, se interpretó la marcha *Salud para los enfermos* por parte de la Agrupación Musical Virgen de los Reyes,
dedicada por mi parte al capataz José Manuel Fernández, “el Niño”.

José Manuel Valle Herrera, “el Gitano”